

## La formación del carácter y el joven (\*)

El tema de esta noche os interesa de una manera muy especial, pues todo joven quiere ser un hombre de carácter.

### 1. — Importancia del carácter para la vida.

Voy a comenzar haciendo una hipótesis. Vamos a suponer que han pasado ya 25 años y que os reunís para celebrar las bodas de plata de la promoción de bachilleres del año 1956. Sin duda que veréis muchas sorpresas: unos habrán triunfado en la vida y estarán bien colocados (unos mejor, otros peor); varios, no pocos, habrán fracasado en la vida; otros estarán adocenados, contentos con lo poco que tienen sin aspirar a más. Vamos a reflexionar sobre este hecho. Notad que no es mera hipótesis. Los que tienen unos cuantos años ya saben que esto es así; que basta coger una de esas fotografías que guardamos de los compañeros antiguos para ver que se distribuyen, con un porcentaje más o menos igual en todos los casos, de individuos que triunfan, de individuos que fracasan y de individuos que se estancan. Vamos a preguntarnos por qué fracasan unos y por qué triunfan otros.

En primer lugar advertid que no es cuestión intelectual, mejor dicho, no es sólo cuestión intelectual. Algunos tal vez ingenuamente pensarán (lo habréis hecho en broma más de una vez en el colegio): el primero de clase será el mejor ingeniero de una gran empresa química o siderúrgica; el segundo de clase, un poco menos; el de la mitad de la clase..., éste será un médico de pueblo, etc., etc. Esto es totalmente falso. No es éste el único módulo de valoración con el que se ordenan después los hombres. Ahora tenéis en los colegios como único módulo, el valor intelectual; después no será este el único, sino que entrarán otros factores. Voy a prescindir de algunos factores que son accidentales: como es la suerte que influye mucho (hay personas que nacen con estrella —como se dice— y otras que nacen estrelladas); o como es la enfermedad que hace que algunos no puedan triunfar. Pero el principal factor en el triunfo del hombre —uno de

---

(\*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana (19-XI-55), dentro del Cursillo «Para ayudar al joven universitario».

los principales— es el carácter. La mayoría fracasa en la vida por falta de carácter.

Naturalmente que la vida es difícil. Lo sabéis ahora teóricamente; lo sabréis pronto cuando tropecéis con ella. Hay muchas dificultades para abrirse camino en la vida. Para cualquier puesto en la sociedad se presentan en seguida cincuenta, cien individuos que quieren aquella colocación. No es fácil lograrla ni situarse bien en la sociedad. Por eso, ante esas dificultades, hay muchos que no saben reaccionar. Unos, tímidos, fracasan por ésto, por la timidez; no se atreven. Otros, pesimistas, se hacen la vida más difícil de lo que es. Otros no tienen voluntad y por falta de constancia en el trabajo, se cansan y dejan lo que han comenzado.

Desde luego, con esas observaciones no quiero despreciar el valor intelectual. Además que sería esto contraproducente. No voy a decir ahora: el último de clase será el que más triunfe, el primero será el último. De ninguna manera. Pero es indudable que hay muchos sujetos que tienen capacidad intelectual, y que de hecho no triunfan en la vida por causa del carácter: individuos que son inaguantables (los que les rodean les hacen el vacío); individuos que son inconstantes, abúlicos, apocados. Hay una excepción —para ser exactos—: los genios. Estos triunfan por el valor intelectual nada más, a pesar de su carácter. De alguno de los científicos que han revolucionado más la ciencia actual, se cuentan anécdotas curiosas sobre sus rarezas de carácter. Lo cierto es que tales rarezas no les habrían sido perdonadas si no fuese por su genio creador, y que en toda otra hipótesis, les habrían llevado al fracaso más ruidoso.

## 2. — Dos advertencias preambulares.

Antes de entrar en materia, hago dos advertencias: a) la primera es que estáis ahora en un tiempo inmejorable que no conviene dejar pasar, porque luego puede ser ya tarde para formar el carácter. El título de la conferencia «La formación del carácter y el joven» no es al acaso. No puede decirse, por ejemplo, en el mismo sentido, «la formación del carácter y el anciano» o «la formación del carácter y el hombre maduro». Al mismo niño se le puede hablar de ésto, desde luego, pero en un sentido muy distinto del que lo vamos a hacer. Y es que el joven está en unas circunstancias inmejorables para formar el carácter. Un anciano que no tenga formado el carácter, ya puede despedirse; no tiene nada que hacer. Un niño, igual por otra razón. A un niño se le puede orientar a formar el carácter, pero tampoco está dispuesto actualmente a formarlo. La razón es porque no sabe dónde va, y uno de los elementos de la formación del carácter es, precisamente, saber dónde se va. Estáis pues en un momento crítico que debéis aprovechar.

b) otra observación preambular es que hay dificultades especiales en el tiempo en que vivimos para ser hombre de carácter. Sin ir más

lejos, la misma sociedad en que vivimos se opone de una manera especial a la formación de un carácter recio. En primer lugar ese confort que nos rodea, cada día mayor, nos hace poco menos que abúlicos. Nos lo dan todo hecho. Es una sociedad en que basta apretar un botoncito para que salga la cosa hecha y el suprimir sistemáticamente las dificultades, enerva y afloja la tensión anímica. Otra razón son los nervios. Sabéis que después de la guerra hay mucha gente atacada de eso. Abundan los enfermos del sistema nervioso en los que se nota una falta de energía anímica, una falta de voluntad. También la independencia, que es característica de la juventud de hoy, se traduce en no querer seguir las normas de los que dirigen, por lo que la formación del carácter —que requiere dirección— se hace más difícil ahora que antes. Por consiguiente el esfuerzo que tenéis que hacer ahora para formar el carácter, deberá ser mayor todavía que en circunstancias ordinarias. De hecho son muchos los que piensan que hoy día en la mayoría de los jóvenes se nota algo más falta de energía de carácter que antes. Es difícil valorar ésto y tal vez haya algo de exageración en lo que digo, pero ésta es la impresión de muchos.

### 3. — Qué es formar el carácter.

Vamos pues a ver, entrando ya directamente en el tema, cómo se forma el carácter. Y en primer lugar ¿qué es formar el carácter?, ¿qué es carácter? Distingamos tres nociones: la de temperamento, biotipo y carácter.

Habéis oído muchas veces en las clases de filosofía, cómo hay tres estratos en el hombre: estrato vegetativo, estrato sensitivo y estrato racional. Pues bien, el biotipo pertenece a ese estrato inferior que es el vegetativo, en el que radica lo constitucional, lo genético, etc. Es lo que, en resumidas cuentas, nos da la forma corporal, y su estudio ha dado lugar a muy distintas tipologías. Dejemos este punto porque no nos interesa ahora. En el estrato segundo, es decir, la zona sensitiva, radica el temperamento en el que ya dominan los elementos psicológicos. El temperamento está fundamentado sobre el biotipo, de manera que según Sheldon hay una correspondencia de un ochenta por ciento entre temperamento y biotipo. Según eso, conocido el soma de un individuo, podemos calcular cual será su temperamento con un ochenta por ciento de aproximación y si añadimos un breve contacto inmediato con el individuo, podemos conocerle en breve tiempo.

Pero pasemos al tercer extracto de la vida que es la zona espiritual: allí radica el carácter. De las tres direcciones anímicas que hay (entendimiento, voluntad y afectividad), el carácter radica en la voluntad. Tenemos, pues, ya un concepto por lo menos aproximativo de dónde radica el carácter.

Pero la palabra carácter tiene varios sentidos. Vamos a delimitarlos:

a) carácter significa originariamente, sello, marca; el carácter es pues el sello de la persona. Puede llamarse carácter esa manera especial de ser del individuo por la que lo distinguimos de otros. Pero no nos interesa ese sentido.

b) hay otro significado, que es el modo de reaccionar la voluntad habitualmente. Diríamos que todo individuo, ya desde niño, va notando la posición que tiene él en la sociedad, primero con los padres, luego con los hermanitos y los demás de la familia; después con los compañeros en el colegio. Y va adoptando instintivamente una actitud ante ese ambiente que le rodea. Es algo completamente subconsciente, pero de hecho, el niño toma esa actitud. Pues bien; llega un momento en que el individuo se da cuenta —es difícil precisar cuándo, si a los 16, 17, 18 años (unos antes, otros después)—, de qué situación representa en el mundo circundante y toma entonces conscientemente una actitud estable ante él: esa actitud es el carácter. Pero no hablamos tampoco de esto.

c) hay un tercer sentido, que es el que me interesa ahora, y que se podría definir por el constante dominio de la voluntad. Hombre de carácter es el que se domina, el que es señor de su voluntad, no una u otra vez suelta, sino habitualmente. Esta es la noción que nos va a servir en lo que diremos. Si queremos, pues, una equivalencia, formar el carácter es igual a formar la voluntad; vamos pues a dar un paso más y a preguntarnos cómo se forma la voluntad.

#### 4. — Cómo se forma la voluntad.

En primer lugar determinemos bien qué entendemos por formación de la voluntad. Es esencial siempre en todo problema partir de nociones claras, porque después nos podemos desviar mucho. Si yo, por ejemplo, quiero formar a un criado, depende de la idea que tenga de éste. Si criado es un esclavo (supongamos que tengo esta falsa noción), formar a un criado será, en esta hipótesis, obligarle a obedecer a latigazos; que apenas yo mande una cosa, vaya corriendo, y si no lo cumple, trallazo limpio. Ahora supongamos que yo tengo otra noción de criado. Para mí es un sirviente de muy distinta categoría de los amos que entra en la casa para servir, aunque es un hombre que tiene sus derechos como ser libre, etc. Formarle significa ya otra cosa. Desde luego ya ni hablar de latigazos; será hacer que obedezca guardando siempre las distancias, y como quedamos en que hay mucha distancia entre criado y amos, deberá obedecer todas las cosas que se le manden, incluso los caprichos del niño de la casa. Sin embargo hay otro concepto de criado (y este es el recto): es un empleado que entra a formar parte de la familia en calidad de sirviente, y entonces formarle es algo muy distinto; a ese criado no

se le puede mandar cualquier cosa, ni tiene por qué obedecer a las tonterías de un niño, pues es uno de la familia. Como véis es esencial tener claro concepto de la voluntad para saber cómo se la forma.

Vamos a razonar para que os convenzáis de que lo que hemos de decir sobre los medios para formar el carácter, está fundamentado. Sobre la naturaleza de la voluntad se han vertido muchas opiniones. Comenzaré con algunas que son menos interesantes, pero sólo de paso.

Hay sobre la voluntad, teorías *sensualistas-intelectualistas*: Condillac, Hobbes, Hume, Spencer, Herbart. Para Condillac, por ejemplo, si se consideran las sensaciones como agradables o desagradables, se explican todos los fenómenos volitivos. Formar la voluntad no tiene apenas sentido para estos autores: habrá de ser sinónimo de educar nuestras percepciones. Ya se ve que no interesa ésto.

Teorías *sentimentalistas*: los *evolucionistas* dicen que la voluntad es una última formación del sentimiento. Como el evolucionismo cree que el hombre viene del animal, supone que la voluntad es una última elaboración de los instintos y sentimientos que se dan en él. Tampoco requiere atención especial, porque refutado el evolucionismo extremo, ya se ve que ésto es falso.

*Eclécticos*: también hay doctrinas que creen que la voluntad es un conjunto de sensaciones, imágenes y sentimientos desdibujados y tomados en su aspecto dinámico.

Vamos a las teorías que nos interesan más: *voluntaristas*. Vamos a los que admiten ya la voluntad como una facultad específica, aunque veremos distintas direcciones ideológicas de las cuales se derivarán teorías muy distintas para formar la voluntad. En primer lugar la teoría de Ach. Este autor relaciona la voluntad con el propósito. La fuerza de éstos radica en que suscitan una tendencia determinante que nos lleva eficazmente a la acción. Según este autor, tener fuerza de voluntad es el efecto de hacer numerosos propósitos con los que se logra la tendencia determinante que nos mueva a obrar. Para él, formar la voluntad consiste en hacer muchos propósitos. Naturalmente que no voy a decir que esté mal esto. Es muy bueno hacer propósitos y mucho mejor cumplirlos; sin embargo, no es ésto formar la voluntad como lo prueban los sujetos que hacen muchos propósitos y no los cumplen.

Hay otra teoría más importante por la trascendencia que ha tenido: la de Lindworsky. Está muy extendida y sin duda habréis oído hablar de ella. Este autor por lo que en seguida diré, ha querido destacar la fuerza de los motivos en el obrar. Todos sabemos que para la voluntad es muy importante el juicio que le precede, o sea que en el fondo la cuestión de la voluntad, y libertad, está en el último juicio que me mueve a obrar y en la voluntad que sigue a ese juicio. Lindworsky ha querido destacar sobre todo la fuerza de los motivos, es decir, de ese juicio último que mueve a la acción; pero ha incurrido en un defecto que yo creo grave para la formación de

la voluntad, pues al negar que la fuerza de voluntad radica en un hábito, descuida consiguientemente la repetición de actos volitivos, que parece fundamental en la formación del carácter. Veremos después que todo lo de Lindworsky es muy aprovechable, pero se ha quedado a medio camino y precisamente ha omitido la parte más importante en la práctica. Toda potencia si se ejercita se adquiere facilidad en ella. Si ejercito un músculo, pongamos los biceps, llegará un momento en que se desarrollarán y tendré mayor fuerza. Pues bien, ¿pasa eso en el orden volitivo? Es decir, si repito actos como el atleta, ¿llegaré a adquirir una musculatura anímica en la voluntad? Lindworsky dice precisamente que no hay tal musculatura de la voluntad; para él la voluntad es un guarda-agujas (usa esta metáfora). La fuerza la lleva la locomotora y el guarda-agujas no hace más que poner una condición, diciendo «por aquí» o «por allá», pero no añade fuerza especial ninguna. La consecuencia de esto es muy importante. El que quiera formar la voluntad según Lindworsky, ha de fomentar los motivos en los ideales, pero no interesa ejercitarse en la voluntad.

Como esta teoría ha sido muy aceptada (la sigue Gemelli y otros psicólogos autorizados), conviene ver históricamente en qué se basa, y por qué la ha defendido su autor. Hace dos o tres años tuve un discípulo alemán y al oírme explicar la teoría de Lindworsky, me dijo la razón de ella. En el ambiente alemán actual, es ordinario que el pueblo obedezca las órdenes que se le dan, sin mirar para nada el motivo. Es la doctrina kantiana en la práctica, pero la cosa viene de más lejos. En el siglo XVII los prusianos quisieron crear en Alemania un clima militarista, y para lograrlo extendieron el concepto de obediencia ciega, sin motivo ninguno; hay que obedecer porque está mandado y nada más. En medio de este ambiente creado por el militarismo, llega Kant y —tal vez sin pretenderlo—, teoriza esta situación. Habréis oído en clase hacer una alusión a esta teoría de Kant. Para él los principios teóricos fracasan absolutamente después de la crítica de la razón pura. No valen nada los principios metafísicos. Pero después de haber destruido los motivos del obrar, como razones teóricas, Kant postula con la razón práctica otros principios de acción. Ahora bien; seguir a los «imperativos categóricos» después de haber anulado los motivos racionales, equivale a obrar «porque sí»; esto hay que hacerlo y lo hago a pesar de que el motivo me parece absurdo. Kant, pues, con su doctrina llegó a teorizar esa situación que ya antes era un hecho en Alemania. El efecto fue que si antes había llegado ya al pueblo de un modo empírico, ahora era una creencia universal la de una absurda obediencia ciega. (¡Cuidado que ésta no es la obediencia de San Ignacio, ni mucho menos!). Ahora bien; Lindworsky quiere reaccionar contra este ambiente, e indudablemente lo más lógico y conducente era rehabilitar los motivos, destruyendo esa obediencia ciega y absurda. Lo que se había de hacer es obedecer por unos motivos, pero tal vez por destacar los

motivos, se fué al extremo contrario. Como veis, esta nota histórica da mucha luz. La labor de Lindworsky ha sido inmensa en Alemania, pero nosotros no tenemos por qué seguirlo. La formación de los hábitos que Lindworsky omite, es sumamente importante en la formación del carácter.

Otra teoría sobre la voluntad es la de Suárez, y Santo Tomás. Hay dos direcciones en la escolástica que no voy a detallar, sino solamente indicar lo que de ellas nos interesa para la formación del carácter. Tenemos en el momento de obrar dos factores, el juicio y la voluntad que le sigue. Pues bien, hay una escuela filosófica que hace hincapié, sobre todo, en el juicio; es la escuela tomista que pone acento especial en la importancia del último juicio de valor para obrar. La otra escuela de Suárez, y Scoto, hace más bien hincapié en el factor volitivo, o sea que entre el juicio de valor y la voluntad, dan la primacía al «yo quiero». Nosotros, para la formación de la voluntad, vamos a prescindir de escuelas y a tomar los dos elementos, pues ambos son indispensables: el primero —la fuerza del motivo—, es el de Lindworsky y la escuela tomista; el segundo —la educación formal de la voluntad—, el de Suárez, autor formado en esa ascética ignaciana (que muchos conocéis por los ejercicios), ascética de acción y vencimiento sistemático. Aunaremos la formación de los motivos y la formación de la voluntad.

Vamos, pues, a concretar ya qué es tener fuerza de voluntad. En primer lugar qué no es tener fuerza de voluntad. Tener fuerza de voluntad no es solamente tener una «idea-fuerza», como supone Lindworsky. Tan no es eso, que son separables: en primer lugar puede darse un individuo que tenga una idea-fuerza y no tenga fuerza de voluntad. El mismo Lindworsky cuenta un caso que a él le sirve para declarar otra cosa, pero que puede ilustrar precisamente ésto. Cuenta cómo en la primera guerra europea, un militar que había obtenido una condecoración en una acción bélica en la que había logrado coger una ametralladora al enemigo, tuvo que ser arrestado al fin por haber robado a sus compañeros. Ahí tenemos un caso claro en que un hombre que tiene un ideal grande, que incluso le ha llevado a merecer distinción respecto de sus compañeros, en una zona ha fallado totalmente su voluntad, lo que nos muestra que con ideal puede no darse fuerza de voluntad. Y viceversa, puede darse fuerza de voluntad sin idea fuerza; supongamos uno que va a ejercicios y ve claramente que tiene que tomar una determinación difícil y que le cuesta mucho. Aquel individuo, contra viento y marea, contra lo que siente, toma esa decisión; en eso muestra fuerza de voluntad, a pesar de que no tiene ideal en el sentido de Lindworsky, ya que lejos de atraerle la idea, siente más bien mucha repugnancia en llevarla a término. Hay pues separación de ambos elementos.

¿Qué es pues tener fuerza de voluntad? Es tener fuerza o poder para hacer lo que la razón dicte (no sólo lo que guste o atraiga sino

lo que pide el hombre como tal). Es, que la voluntad sea dueña y señora de sí misma, que haga lo que le dicte la razón y que dirija a ésta en el dominio de la parte inferior; eso es tener fuerza de voluntad y tener carácter.

¿Cómo se consigue esto? Vamos ya a entrar en el terreno de lo práctico. ¿Cómo podemos lograr ser hombres de carácter? Hemos de conseguir dos cosas, pues hemos dicho que la fuerza de carácter está en el motivo y en la energía de la voluntad. Vamos pues primero a decir lo que hay que hacer para formar la voluntad como tal, o, como también se dice, para la formación formal de la voluntad.

### 5. — Educación formal de la voluntad.

a) En primer lugar te has de *entrenar* en el vencimiento propio; esto se cae de su peso. Quien crea que va a lograr la fuerza de voluntad de una manera automática, como quien toma una pastilla o un medicamento, se equivoca. Ha de ejercitarse, ha de vencerse. Se trata de adquirir un hábito y hay que repetir actos, como hacemos en el deporte en el que para lograr el dominio del balón, nos entrenamos.

b) Segundo, has de entrenarte *en materia indiferente*, no en materia grave. Notemos esto: un individuo que quiera ser, por ejemplo, un as de futbol, no puede esperar a entrenarse al domingo, cuando tiene ya obligación de actuar de veras, sino que lo ha de hacer entre semana. Entonces tiene obligación de chutar bien, no es momento de entrenarse. Pues lo mismo aquí: no podemos para formar la voluntad entrenarnos en materia grave, que me obliga bajo pecado, sino que ha de ser en materia indiferente en que pueda yo perder, sin importarme. Por consiguiente no puedo tomar como materia de entrenamiento para formar mi voluntad los Mandamientos, sino algo indiferente totalmente.

c) Tercero, ha de ser *materia fácil*, que esté a mi alcance. Es absurdo para lograr la fuerza de voluntad elegir una materia difícil, que me va a costar mucho y que voy a fracasar en un noventa por cien de las veces, puesto que por hipótesis no tengo voluntad fuerte. Hay que tomar una cosa al alcance mío, y para eso me puede servir mucho el tener un ideal para lograr vencerme; (y aquí entra indirectamente el elemento de Lindworsky que no despreciamos, y que usaremos más ampliamente en seguida). Ese ideal que me anima a vencerme en esa materia fácil, puede ser el que «yo quiero ser hombre». El joven lo quiere ser, y se ha de actuar en eso. Cada vez que se venza, ha de repetirse internamente el motivo: «hago esto porque lo he propuesto y yo soy hombre de carácter; lo he dicho y lo hago».

Notemos de paso que la voluntad es lo que especifica más al hombre, más que la inteligencia en cierto sentido. Supongamos que estamos mezclados con los individuos del reino animal y que to-



mamos un criterio de especificación para discriminarlos de ellos. La inteligencia es lo que nos segrega del mundo animal. Pero demos un paso más. ¿Cuál es el criterio para distinguir los *más hombres* de entre los hombres? La voluntad. El que tiene más voluntad es más hombre. Por tener más inteligencia se es más inteligente pero no se es más hombre. Es más hombre quien tiene más voluntad. El sentimiento de suyo tampoco nos especifica como más hombres, sino como *más humanos*. Así es el que cultiva el sentimiento estético, social, religioso. Pues bien, el motivo que ha de ejercitar el joven para lograr esa fuerza de voluntad, es éste: «yo quiero ser *hombre*».

d) Finalmente ha de vencerse *racionalmente*. No se trata de domar la voluntad de un modo irracional: vencerse por vencerse. Esto es absurdo, aun en ascética, cuánto más en el terreno psicológico. Tan es verdad ésto que notan algunos autores cómo es posible que repitiendo un acto sin convicción alguna, de un modo irracional y sin aceptación afectiva, se logre lo contrario precisamente de lo que se pretende. Pongamos por caso un niño que se muerde las uñas. Para quitarle ese hábito no hay como obligarle a que se las muerda durante una temporada. La razón es obvia; porque entonces lo hace con una repugnancia interna enorme y ésta no sólo es óbice para la formación de un hábito sino que llega a destruir el contrario, si lo hay. Para que un hábito se adquiera es preciso que haya una aceptación interna de los actos que lo forman; no basta pues repetir mecánicamente los actos de vencimiento, diciendo «yo quiero ser hombre». Hay que hacerlo esto racionalmente, conscientemente, para que haga provecho.

En la práctica para formar la voluntad, lo mejor sería elegir una materia completamente inútil porque al hacer aquello estaríamos seguros de actuar sólo por el motivo que deseamos. Todo lo que sea restar fuerza al motivo, es restarla a la formación de la voluntad. Supongamos que uno quiere formar la voluntad y elige para entrenarse, aprender una lengua que le interesa mucho, v. gr., el inglés. Hay peligro de que si bien aprenda inglés, no forme su voluntad, porque el sujeto hace aquellos actos simplemente porque le interesa el inglés, no para formar su carácter. Con todo, hacer una cosa perfectamente inútil en orden a formar la voluntad no es recomendable habiendo tantas cosas en la vida que hacer. Lo mejor para un cristiano es aprovechar el campo inmenso de la ascética, en la que puede elegir cosas que por un lado no son inútiles (pues le reportan un beneficio de orden espiritual), son además costosas y por otra parte no suelen por desgracia atraernos excesivamente a los hombres. Con eso conseguimos dos fines: el fin espiritual y el psicológico de formar la voluntad.

## 6. — Elección ideal.

Queda el otro elemento de la formación de los motivos que es el de Lindworsky. La educación formal de la voluntad mira más a lo

actual; la de los motivos, a lo habitual. ¿Cómo podemos formar los motivos? Escogiendo un gran ideal. El joven necesita, sobre todo para mantenerse toda la vida en tensión, algo que le aliente. La vida es difícil —como decíamos al principio— y se requiere un motor interno con el que vaya uno superando todos los baches y todas las dificultades de la vida. Cuanto más alto sea el ideal, mejor. Pero para que el ideal sea suficiente para arrastrar nuestra voluntad a lo largo de la vida, se requieren ciertas condiciones. Enumerémoslas brevemente. El ideal ha de ser: objetivo, duradero y basado en motivos universales. Declaremos cada una de estas palabras:

a) *Objetivos*; es decir, el ideal en primer lugar ha de ser *adecuado*. Si es inadecuado no es objetivo; quiere esto decir que no esté fuera del alcance absoluto de mis fuerzas. Sería absurdo que superase mis posibilidades, porque entonces al no poderme mover, dejaría de ser ideal. Supongamos un individuo que tiene dificultad especial para las lenguas, mala memoria y no sabe sacarse las palabras de la boca. Si elige como ideal de su vida el llegar a ser diplomático, se condena al fracaso seguro; tropezará con la realidad y se estrellará. Ha de tomar como ideal algo que esté a su alcance. Sin embargo, no debe estar tan al alcance que lo tenga ya en las manos, porque entonces tampoco sería ideal. Ha de superar sus posibilidades actuales, pero no las futuras.

El ideal, además, para ser objetivo, ha de ser *concreto*, es decir, ese ideal no puede estar en las nubes. No va a consistir en vaguedades que no mueven a nadie; aunque tampoco naturalmente puede ser demasiado concreto, porque entonces limita excesivamente el interés del joven en su formación y le hace raro e inútil para muchas cosas. Hay que ir cerrando en abanico poco a poco ese horizonte de los ideales. Al principio todo abierto, después progresivamente ya se irá estrechando su abertura. Pensad en un joven que desde un comienzo se fingiese como ideal «yo voy a ser especialista en química, y precisamente en el aceite chaulmoogra, porque quiero curar la lepra». Está bien, pero es tan extremadamente concreto este ideal que estorba a la formación. A este joven, si realmente se entusiasma con ese ideal, se le caerá de las manos todo. Irá a un revistero, y verá cosas interesantísimas para toda persona culta, sobre —qué se yo— la situación internacional del catolicismo, etc., pero que a él no le interesará porque no dice con su ideal. Hay que ir cerrando poco a poco y ya llegará ese momento —lastimoso por cierto— en el que por efecto de su especialidad, no tendrá tiempo de interesarse por nada.

En fin, para ser objetivo el ideal, ha de ser *no-egocéntrico*, pero esto es difícil de explicar en breves palabras, pues supone las ideas de Künkel que ahora no voy a explicar. Aludo simplemente a que ese ideal, cuanto menos gire alrededor del yo y del triunfo incondicional de la persona, mejor; pues hay peligro de que al primer fracaso el ideal se hunda y el individuo no tenga ya resorte alguno.

b) La segunda cualidad del ideal es que sea *duradero*. Ya se ve que un ideal que se forja para una temporada de la vida limitada, tiene poca fuerza de arrastre.

c) Finalmente y muy importante: ese ideal ha de ser basado en *motivos amplios y universales*, es decir, ha de tomarse en abstracto porque en concreto no mueve. Antes he dicho que el ideal había de ser concreto y ahora no digo que ha de ser abstracto, sino que debe tomarse *en abstracto* (que es algo muy distinto). El ideal en concreto no es ideal, no mueve. Bastante de vosotros habéis venido con vuestros profesores. Pues bien, preguntarles a ellos y os dirán cual es el ideal de su misión educadora. En abstracto es sublime; dirigir a la juventud, formar a los hombres del mañana, los que han de constituir las familias cristianas. Eso arrastra a cualquiera; pero en concreto y tal como es, con esa ganga existencial que arrastra la labor educadora (incomprensiones, disgustos, desagradecimiento...), eso ya no mueve a nadie. Mueve, repito, el ideal concreto en abstracto.

Una pregunta más antes de terminar: ¿qué limitaciones ponemos a la formación del carácter? Todo joven que oye ésto quiere ser uno de los que logren ser hombres de carácter. Pero ¿todo el mundo puede aspirar a ello? En realidad hay que limitar algo la respuesta. Hay anomalías de la voluntad, que no voy ahora a enumerar. Todos han oído hablar de hipobulia, abulia, bradibulia, etc., es decir que hay anomalías o enfermedades de la voluntad. Los que tengan enferma su voluntad, naturalmente que han de limitar mucho sus posibilidades y no pueden aspirar a gran cosa en materia de carácter. Sin embargo, estos enfermos son más bien excepción y yo hablo a la mayoría. La mayoría puede formar su carácter. Con todo el horizonte en la formación del carácter no es ilimitado. Hemos dicho al principio que había biotipo, temperamento y carácter; ahora podemos añadir que en el carácter podemos tener pleno dominio; en el temperamento sólo un influjo indirecto y en el biotipo no podemos nada. Los sanos de voluntad, o sea sin enfermedades de tipo volitivo, pueden y deben aspirar a formar su carácter. En el temperamento he dicho que cabe de suyo un influjo indirecto. Los hombres de gran voluntad, de gran carácter han influido en su temperamento corrigiendo sus aristas defectuosas. Sabemos por ejemplo de San Ignacio —que es un paladín de la voluntad— que siendo colérico (basta ver el comienzo de su vida, y su misma mascarilla para afirmarlo) cuando estaba en el lecho de muerte, el médico diagnosticó que era flemático (en la terminología de los cuatro humores) o sea lo contrario. Ese Santo había sabido vencerse tanto con su voluntad que había logrado cambiar las manifestaciones espontáneas de su temperamento. En el biotipo ya he dicho que no tenemos influjo ninguno con la voluntad.

Un consejo final. Para la práctica de lo que hemos dicho, quien quiera formar su voluntad, que tome un **Director** espiritual. De suyo para lo que estamos diciendo bastaría un **Consejero** psicológico, o di-

director-psicólogo. Con vosotros no hay por qué andar con paliativos: un director espiritual. Ese vencimiento propio diario en lo que nos cuesta, es muy difícil. Si uno toma un compañero, un amigo (que eso es un director, aunque tenga más años) que nos vaya ayudando y exigiendo, entonces podremos lograr la formación del carácter. Os animo a que lo hagáis. El mundo es vuestro, de los jóvenes; sin embargo, notemos que es de los jóvenes de carácter, no de los otros. Los otros son dignos de lástima; ya lo veréis dentro de veinticinco años, cuando como os decía al comienzo, ya se hayan segregado de vuestro grupo actual los fracasados y los que se han quedado en el camino. Vosotros debéis interiormente repetir, «yo no quiero ser de éstos»; «yo quiero ser de los hombres de carácter».

Alejandro ROLDÁN, S. J.

*Profesor de Psicología en la Facultad  
Filosófica del Colegio Máximo de San  
Francisco de Borja*